

LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Madrid, 1 peseta al mes; y en pro-
vincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. 11.
Madrid 22 de Junio de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION
En el extranjero y Ultramar, 6 reales
al mes.

RELACIONES Y ARMONÍAS

ENTRE LA NATURALEZA DE LOS IDIOMAS Y EL CARÁCTER
DE LOS PUEBLOS.

Ningun hombre ilustrado ignora la importancia del estudio íntimo, comparado y filosófico del lenguaje. La filología ha prestado mayores servicios á la historia antigua que las demás ciencias por las cuales indagamos los sucesos, disipando las tinieblas de lo remoto y lo desconocido, volviendo á la luz, á la existencia lo que ya el tiempo habia hecho morir en la memoria de los hombres. Así, con la seguridad de una conviccion profunda, se atreven á decir los filólogos: «borrad, si quereis, la historia de un pueblo, alterad sus límites geográficos, destruid sus monumentos, ocultad cuanto sea posible la huella de sus pasos, aniquilad al pueblo mismo; pero dejadnos su idioma, esa vestidura material de la idea, y nosotros lo reconstruiremos, lo resucitaremos de sus cenizas en vuestra memoria, con sus leyes, religion, ciencias, costumbres, para presentároslo cual otro Lázaro que sale de la oscuridad del sepulcro al resplandor del dia.» Creo que en gran parte los filólogos tienen razon. A los ojos escrutadores del hom-

bre experimentado y sábio, el semblante revela quién es el individuo; pues bien: el lenguaje es el semblante de las naciones.

Hé aquí un pueblo elegido por Dios: no se apellida esta deidad con nombre de idolatría; es el Dios verdadero y único, y quiere que este pueblo sea el testigo de sus milagros, el depositario de su fé y el historiador de su grandeza. Lo crea, pues; y sacándolo de las llanuras de Semnaar, graba el sello del prodigio en su maravillosa cuna.

Por la lucha de Jacob, cambia su oscuro nombre en el de *Israel*, que significa *vencedor* para librarlo de los Faraones, convierte en sangre el agua de los ríos, inficiona la atmósfera, troncha la mieses con el granizo, encapota con densos nublados el cielo y la tierra, estermina los primogénitos y le abre enjuto sendero entre las ondas. Ya en el desierto, lo cubre y encamina con la nube, le dicta leyes en Sináí, apaga su sed con agua de la roca y su hambre con alimento divino, vela sus tiendas colocadas entre la palmera y el torrente, y le da por patrimonio la comarca más fértil de la tierra. Unge más tarde por su rey á David, y en él infunde santidad y sabiduría y le hace poderoso entre todos los reyes y tronco del mismo Dios, para cuando en entrañas de mujer tome cuerpo y naturaleza de hombre.

Tales y tan numerosos portentos podrian dejar de

Imprimir una huella profunda y eterna en el idioma. No el pueblo hebreo los contempla, y alzado á su vista, halla palabras para cantarlos. Su lengua, pues, es vehemente, sublime, y al mismo tiempo tierna y armoniosa. En ella caben los grandes acentos de Ezequiel, austero, ardentísimo en sus afectos, trágico y fuerte, indignado y violento. Caben los trenos de Jeremías y las quejas amargas de Job, los más tristes de los hombres; los piadosos sentimientos de David ante su Dios y Señor; los cantares pastoriles y simbólicos de Salomón, su hijo; la majestad terrible de Isaías, el más sublime de los líricos, y esa lengua verdaderamente inimitable tiene acentos para todo, y todo lo refleja y pinta, como la mar en una noche serena refleja y copia en sí todas las estrellas del cielo.

Los prodigios del Santo de Israel y la naturaleza del clima oriental han grabado para siempre un sello distintivo en su lengua, esencialmente poética: la voz aislada de un solo cantor aparece muy débil para ensalzar las maravillas que ha presenciado un pueblo entero; es necesario que todo el pueblo sea el cantor, como ha sido el testigo, y ved aquí el coro formado de mil voces, expresando los sentimientos de mil corazones, dando á la poesía y al idioma un carácter popular y elevado. En estos grandes himnos nacionales y religiosos se oye el grito de un ejército enemigo que perece y el de un pueblo perseguido que se salva: estalla el trueno como en Sinaí; se ven humear los montes cuando el carro del Señor los toca al pasar en alas de los vientos, y con terror se escucha la voz de Jehová indignado retumbar por lejanos valles, como la caída estruendosa de muchos torrentes.

A par de la religion, el clima proporciona imágenes y medios de expresion al idioma: el Líbano, encumbrado y cubierto de bosques de cedros, es la representación de todo lo magnífico y poderoso; así como el florido monte Carmelo, coronado de viñas y de olivos, simboliza lo bello, lo apacible, la prosperidad y bendición divina. La gloria del malvado es un río que sorbió la arena, una piedra caída en hondo lago, de donde no saldrá nunca. En presencia del Hacedor los montes saltan de alegría como corderos á la vista de su madre: el valle se engalana con túnica de hermosura y se estremecen de júbilo las entrañas de la tierra. La tienda del desierto plantada junto adonde murmura el agua, la leche y la miel de los ganados y colmenas están inundados, y perdónese la palabra, en el idioma; le dan colorido y fuerza, y no es preciso añadir más para patentizar que el lenguaje del pueblo hebreo es claro espejo y trasunto de su religion, naturaleza física, leyes y costumbres: candor, nobleza y vigor hay en el uno; verdad, sabiduría, esplendidez y originalidad en las otras.

El pueblo árabe retrata igualmente de lleno en su idioma su carácter social. Hijo de los países orientales, enemigo de toda sujecion, vagabundo y libre, extendido por tres continentes, fanatizado por su religion, guerrero por costumbre y por ley, en ninguna historia está reflejado tan fielmente como en su propio idioma. Este, como hermano del hebreo, se escribe, cual él, de

derecha á izquierda, admite los tres números, singular, plural y dual; se le asemeja en el atrevimiento, la perfección sintáctica y hasta en la naturaleza y nombres de las letras. En tanto que los pueblos árabes se hallan bárbaros y diseminados, su lenguaje son rudos dialectos: Mahomados reúne, destruye con mano vigorosa el fetichismo á que se entregaban, y hace resonar en sus oídos estas palabras, para aquel tiempo y para aquella gente muy civilizadoras: «No hay más que un solo Dios, y yo soy su enviado». De un golpe destruye la creencia politeísta, colocándola en su lugar la de un Dios único: á la noción confusa y casi borrada ya de la recompensa futura, le da nueva fuerza con la descripción y promesa de un Edén que ofrece á los verdaderos creyentes; por último, escribe un libro y lo presenta como de origen divino. Este libro es el *Korán*; y como en las primeras épocas la religion lo comprende todo, sus preceptos no son exclusivamente religiosos, sino científicos, judiciales, militares, políticos y hasta higiénicos. De cuanto la inteligencia más perspicaz puede prever, nada ha omitido el autor de esta obra verdaderamente notable, que revela una extraordinaria audacia y el conocimiento profundo del pueblo á que se dirige.

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

DE UNA CARTERA.

I.

AMOR Y FÉ.

Se llamaba Luisa. Era hermosísima. Apenas contaba diez y siete años. Sus ojos negros y llenos de vida parecían salirse de sus órbitas cada vez que se fijaban en los míos. Su cuerpo era erguido, pequeña su cintura, blanco y sonrosado su semblante.

Yo la quería con delirio; me dejaba llevar por sus consejos como por los de un ángel, y la adoraba como á un Dios.

Si no hubiera creído en la virtud, me hubiera convencido al conocerla de que estaba en un error.

Yo no sabía darme cuenta de lo que pasaba por mí.

¡Cuántas veces creíme transportado al cielo al experimentar en mi alma una clase de sensaciones, jamás sentidas, en los mayores goces de mi vida!

Decirme ella que la existencia de este mundo en que estamos era una quimera, que el sol que nos alumbra no existe, que las estrellas que tachonan el firmamento no aparecen, y creer profundamente en semejantes aberraciones hubiera sido obra de un minuto.

¡Tal fé me inspiraba!

Estaba loco por ella.

Me avergonzaba de mí mismo al pensar cuánto me había reído cuando alguno de mis amigos presa de la devoradora fiebre del amor, me ponderaba con entusiastas frases los sublimes encantos, los placeres, la inexplicable dicha de haber podido abrasar en el fuego de un cariño ferviente el corazón de una mujer.

Luisa había regenerado mis creencias.

Me transformé en uno de esos hombres que tienen por verdad todo aquello que de verdad se viste.

Formaba mi ideal la esperanza de poder unirme á ella algun día.

Constituía mi vida su existencia; mi alma su carino.

Todos mis pensamientos eran suyos.

Mis deseos buscaban únicamente su satisfacción en los suyos.

Era todo para ella.

Luisa vivía sola con su madre, viuda de un bizarro brigadier de nuestro ejército, que se cubrió de honra en la gloriosa campaña de Africa.

Esta señora, que había sido muy castigada de la fortuna, era un modelo de virtudes y de bondad.

La hija no debía envidiar en nada á la madre.

Aquella casa parecía un paraíso.

Ya hube de ausentarme de Madrid—punto en que residí—para encargarme en Cádiz de los asuntos de un pariente mío.

Mi estancia en esta ciudad se fué prolongando más de lo que pudiera imaginarme.

Dos años llevaba ya en Cádiz, en cuyo tiempo no pasaron nunca tres días sin que yo recibiera carta de Luisa, á quien adoraba cada vez más.

En mis goces, en mis contrariedades y en mis penas tenía su imagen presente, pareciéndome que sonreía dulcemente cuando estaba alegre, que animaba mi espíritu cuando triste y perturbado estaba.

II.

INCRECULIDAD Y ESPANTO.

Un año había transcurrido sin que yo viera la letra de Luisa.

Envuelto en un mar de confusiones eu vano trataba de darme una explicación á su extraña conducta.

¿Me habría olvidado por otro? Imposible.

Me había dicho diferente veces: «Tu serás el único hombre que ocupará mi corazón mientras exista,» y la mentira no podía atreverse con la rectitud de su alma.

Luisa había dejado de existir para esta vida o para el sentimiento.

Mi existencia se convirtió en una continuada lucha de incertidumbres y delirios.

Desembarazado de los asuntos que me hicieron salir de Madrid, y que no me permitieron abandonar á Cádiz un solo día durante los cuatro años que estuve allí, me faltó tiempo para tomar el tren que debía conducirme á la capital de España.

Apenas hube llegado á ella y me hube instalado en la fonda, salí á la calle precipitadamente, y subíéndome en el primer simón que encontré, me dirigí á la casa en que vivían Luisa y su madre.

Los latidos de mi corazón se sucedían de una manera vertiginosa.

Llegamos por fin á casa de Luisa en unos cuantos minutos—que á mí me parecieron dos ó tres siglos—subí al piso que tenían, pero en su lugar hallé otra familia que no supo darme cuenta de ellas.

En la portería me dijeron que la madre de Luisa había muerto; pero nada supieron decirme acerca del paradero de Luisa.

Iba de un lado á otro de Madrid preguntando, inquiriendo... pero todas mis investigaciones fueron infructuosas.

Al pasar una noche, ya tarde, por una de las calles más escusadas de esta corte, vi dos mujeres de mal aspecto que, seguidas de unos cuantos hombres, á los cuales ellas atraían con sus desenvueltas miradas y sus palabras, tomaban cerca de mí por una esquina en la que había un farol, á cuya luz me pareció ver en una de ellas á Luisa, escuálida, demacrada, ojerosa y desordenadamente vestida.

Efectivamente, ¡¡era ella!

En aquel momento se le unieron los hombres que las seguían.

Se detuvieron todos en la esquina.

Yo clavé en ella mis ojos, mirándola de hito en hito, con una avidez indescriptible, y sin embargo no la conocí... no podía conocerla.

Luisa, más decidida que su compañera, sostenía un animado coloquio con aquellos hombres; así es que tuve la dicha de que no se fijara en mí. A haberlo hecho hubiera desgarrado mi corazón más de lo que estaba.

Aquellos dos seres degradantes, acompañados ya de los hombres con quienes habían conversado, doblaron la esquina y penetraron á poco en un casucho, en cuya puerta se veían dos mujeres de peor catadura aun.

Al entrar en la casa resonaron por la calle—que era oscura y estrecha—dos diabólicas carcajadas, que se confundieron en un grito de horror que lancé yo al mismo tiempo en el fondo de mi alma, y en el cual ahogué por completo todos mis sentimientos amorosos.

Desde entonces, indiferente á todo, hecho pedazos mi corazón, ¡creo tan poco en la virtud de la mujer...!

Por la copia,

P. SAÑUDO AUTRAN.

EL PRIMER AMOR.

Suspirando dulcemente
llena de infantil ardor,

exclamó Inés de repente:

—¿Decid, madre, que es amor?

Quedó la madre pensando

una respuesta oportuna,

no se le ocurrió ninguna

y ella siguió preguntando.

—¿Es un placer ó un pesar

que nos sigue con empeño?

¿Da tristeza? ¿Quita el sueño?

¿por qué nos hace llorar?

La madre aquí la miró

con ansiedad manifiesta,

no halló ninguna respuesta

y la niña prosiguió:

—¿Es un encanto ó una pena?

¿Es más bien una locura?

decid, ¿cuánto tiempo dura?

¿por qué toda el alma llena?

Con cariñoso dolor

besó la madre su frente

y dijo:—niña inocente

¡ya sabes lo que es amor!

Ella quiso preguntar

de nuevo, mas con tristeza

dobló su hermosa cabeza

y rompió al fin á llorar.

La madre con infinita

ternura, dijo á su oído:

—¡Quince años aun no ha cumplido

y ya el amor me la quita!

JOSÉ SELGAS.

COPLA.

Quita al mar sus recias ondas,

quita sus rayos al sol,

quita el aroma á las flores

y á las almas el amor;

Y ni el mar tendrá grandeza,

ni el mundo vida y color,

ni los verjeles encanto,

ni ventura el corazón.

L. A. DE CUETO.

..

Ya te dirán cien cantores

con sus amantes querellas,

que mueren de amores,

que así suspiran los ruiñeños,

enamorados de las estrellas.

En tan alegre concento,

hoy mi canción, alma mía,

será un lamento;

que está de luto mi pensamiento

sobre la tumba de mi alegría.

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

EL PARAGUAS.

Pariente en segundo grado del bastón, primo carnal de la sombrilla, es el paraguas una prueba más de la industria humana.

Las nubes dijeron al hombre:—Te fastidiaremos.

El hombre dijo á las nubes:—No me fastidiareis.

Y las nubes principiaron á descargar agua y el hombre á fabricar paraguas.

Desde entonces, el elegante calza becerro mate, viste

pañó inglés, coloca en su cabeza la chistera alta, á pesar de las nubes y la lluvia.

La hermosa dama viste *gro faya* ó *moaré*, luce capota de mil reales y otros excesos, al amparo de un paraguas

Un palo más ó ménos fino, seis ú ocho varillas de ballesta ó hierro, un pedazo mayor ó menor de seda, tales son los componentes del objeto en cuestión... tales los enemigos de la lluvia, hasta cierto punto, porque cuando dá en llover muy fuerte, no hay paraguas que valga.

La industria humana, que sabe de todo sacar partido, ha hecho del paraguas un adorno: le ha dado forma gentil y airosa, cómoda ligereza, y al igual que el bastón variedad de puños, desde el palo grosero al marfil aristocrático.

El paraguas, sin embargo, á pesar de las cualidades que le recomiendan, no deja de tener por ello sus inconvenientes: una persona empuñando el paraguas se encuentra embarazada; si se le ocurre sonarse ó encender el cigarro no puede sino valerse de una mano; ocupa mucho sitio, tropieza en la acera con otros paraguas, y las varillas de éste terminando en punta amenazan sacarle un ojo al transeunte.

Si al par de la lluvia sopla un viento fuerte, en ese caso el paraguas incomoda antes que favorece, porque recogiendo mucho aire nos arrastra á un lado, nos obliga á empuñarle con ámbas manos ó amenaza romperse con estrépito.

Recuerdo perfectamente que en esta corte, atravesando un día lluvioso la plazuela de Oriente, una ráfaga huracanada soplando con gran fuerza me volvió el paraguas del revés, como quien vuelve un guante ó una media. Juzguen ustedes lo crítico de mi situación: el agua cayendo á mares sobre mi cabeza, soplando con furia el viento, la mano sosteniendo un chisme inútil. Lo peor del caso era que el paraguas me le había prestado una señora á quien dije al entregárselo hecho una lástima.

—El viento ha hecho con este paraguas lo que con mi corazón usted.

Y la amable señora, en gracia de la galantería, llevó con paciencia el desperfecto.

Pero dejando á un lado estos lunares, ¿cuántas no han sido siempre las excelencias del paraguas?

Es mucha verdad que cuando vamos al teatro nos molesta porque no sabemos donde ponerle durante la representación, ó nos le tira al suelo el que pasa entre fila y fila, que si le damos á guardar en el guarda-ropa, nos cuesta una propina por lo ménos con peligro de que por otro nos lo cambien; pero ¿no es preferible todo eso á tener que tomar un coche á la salida, llegar á casa y reñir con el auriga, porque por cuestión de ochavos se riñe siempre que se toma un coche?... En efecto, á la salida del teatro, si llueve récio, se desespera quien se ha venido sin paraguas, mientras casi se alegra el que allí le tiene.

El paraguas, como el bastón y la petaca es el amigo de su dueño, poco tiempo después de usarle no le cambiaríamos por otro, aun cuando ganásemos en el cambio.



Los baños del Manzanares
causan efectos contrarios:
ponen flacos á los gordos
y á los gordos vuelven flacos.

El paraguas se parece al Cid, porque tiene *armadura*; se parece á Hércules porque tiene *puño*.

El paraguas ofrece también sus humos de Tenorio, es una puente entre dos amantes, un correveidile, un protector entre ellos, como de los siguientes casos se desprende.

Pasa usted una noche de invierno en tal ó cual café; se sienta á su misma mesa una morena ó rubia, pero en extremo linda: si á la salida llueve y ellas no llevan paraguas y usted sí, ofrecimiento al canto ¿qué han de hacer sino aceptar? La mamá suegra, con que la proteja usted un poco de la lluvia y otro poco de los años, echándola alguno que otro chicoleo, ya le pone á usted cara de Pascua.

En cuanto á la niña ya tendrá usted buen cuidado de agradarla, cuando reconocidas le ofrecen á usted la casa.

Si ya usted es visita de la niña por quien pena y no permite la etiqueta verla con frecuencia, no ha de faltar lluvia durante alguna velada que pase usted con su martirio, en este caso, es ella quien le ofrece á usted el paraguas, y al día siguiente ya se sabe, pretexto decoroso, nueva ocasión de volver á verla. Doy por sentado ahora que está usted enamorado y es usted correspondido: sale usted á paseo con la novia y demás familia, cuando se les ocurre á las nubes abrir sus cataratas; desenvaina usted el paraguas sobre la cabeza hermosa de la niña, y como quiera que el paraguas es pequeño para dos, van ustedes asidos del brazo muy pegaditos, porque sería una iniquidad que permitiera el uno que se mojase el otro.

A mí no me disgusta la exposición agrícola, ni tampoco la marítima, pero prefiero á todo eso la exposición de paraguas que se arma cuando llueve, los hay que por su rareza y antigüedad nos recuerdan el diluvio, algunos son pequeños, rotos ó descoloridos, otros pueden ofrecerle asilo á una familia. Algunas señoras emperifolladas, con el paraguas al aire, se me figuran tiendas ambulantes.

Y cada vez que leo en las gacetillas ciertos sucesos, no me desmerece en nada la invención de los paraguas porque conozco que hace suma falta la invención de un *paravinos*.

Finalmente, si algún día tengo la desgracia, de quedar cesante en mi destino de escritor público, fijaré en mi puerta este anuncio ú otro parecido: «se componen navajas y paraguas.»

JUAN TOMÁS SALVANY.

AL SUEÑO.

Tú vives del misterio, tú naces de la noche, descendes á la tierra donde las sombras van, las flores á tu paso abren su casto broche, sus dulces melodías los pájaros te dan.

En tiempos ya remotos, en días que pasaron, los hombres que marchaban de lo ignorado en pos, á tu poder inmenso altares levantaron, te hicieron sacrificios y te aclamaron Dios.

Tú das al ambicioso desgracias y pobreza, ofreces al mendigo un dulce bienestar, á aquel que no ha dotado el cielo de belleza le brindas atractivos, le enseñas á brillar.

Tú haces libre al esclavo que gime entre cadenas, cuando la noche envuelve la tierra en su capuz, el ser más desgraciado por tí calma sus penas, das al ateo dudas, al ciego clara luz.

El labrador que llora sus bienes ya perdidos contempla en la abundancia los campos de la miés; das gloria á los poetas, valor á los vencidos, desprecio de los males al que los vé á sus pies.

Tu gran poder al hombre lo atrae y lo fascina te rinde sus pasiones, le obligas á olvidar; ¡feliz el que en tu seno ansioso se reclina y en brazos de la muerte se encuentra al despertar!

JULIA DE ASENSI.

¡NO LLORES!

No quiero que me digas que me adoras mientras tu pecho permanezca frío; ni quiero tus sonrisas seductoras, engañoso disfraz de tu desvío; ni quiero ver que lloras parodiando un pesar que es solo mío, pues el dolor del alma verdadero es más sufrido cuanto más sincero.

No llores, no, porque si lloras tanto tus párpados verás tornarse rojos sin que consiga conmoverme el llanto, pues si anhela, del mundo en los abrojos, lágrimas tu quebranto, una sola quisiera yo en tus ojos, y esa, que al resbalar sobre tu cara, porque yo no la viera, se secara.

RAMON CONTRERAS Y EYRIZ.

BIBLIOGRAFÍA.

Pensamientos delicados, elevada forma, un inmenso amor á la familia y á la patria: todo esto se encuentra en el tomo de poesías que, titulado *Horas de inspiración*, acaba de publicar en Madrid la señora doña Emilia Calé Torres de Quintero. Al leer sus obras no hemos pensado en que el autor era una dama, para prodigarles exagerados elogios; la ilustrada escritora no necesita frases galantes, sino justas; y hablando con la verdad debida, diremos que hay en su libro mucha inspiración y mucho sentimiento, que se revelan á cada instante en todas sus páginas.

Nacida en Galicia, á ese pintoresco país dedica su obra en general y en particular muchas de sus poesías, siendo algunas de las más bellas que hay en el tomo. «Me anima la esperanza de obtener indulgencia, porque me abona el siglo en que vivo. La religión, que es mi norte, no desdena el tributo de los creyentes. La patria, que es mi ídolo, admite el culto de sus fieles

cantores. La naturaleza, que es mi libro, no rechaza dones por ella misma otorgados. Perdónese á una mujer que hable el lenguaje del corazón, un día triste huérfana, otro día madre desolada, ora eco de ajenos pesares, ora de íntimas afecciones; cristiana, amante de su noble y mal juzgado país, rica de sentimientos pobre de palabra.» Esto dice la señora de Quintero en la dedicatoria de su libro, dedicatoria tan modesta como sentida.

He abierto el tomo á la casualidad, y no puedo resistir al deseo de copiar en estas mal pergeñadas líneas, la bellísima composición titulada *Pasionaria*, que es la quinta que dedica á una hija suya que ha muerto muy niña. Dice así:

«Sufrió, lloré, y en mi mortal quebranto
mi oración subió al cielo;
y el fuego de la fé me envió santo
su divino consuelo.

Miré entonces la tumba solitaria
que guarda de mi amor, dulces despojos,
y ví en ella una hermosa pasionaria
nacida con el riego de mis ojos.»

Deseamos un feliz éxito á la Sra. Calé Torres de Quintero, que ya es ventajosamente conocida en el mundo literario, aunque su natural modestia no la hace buscar el brillo á que es acreedora.

Hemos tenido el gusto de leer el homenaje poético á S. M. el Rey D. Alfonso XII, escrito por treinta y seis ingenios y precedido de una dedicatoria al joven monarca, hecha por el Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cuetto. Hay en él una carta de Fernán-Caballero y muchas poesías muy inspiradas, contenidas en un tomo elegantemente impreso, que lleva al frente el retrato de S. M.

Otros libros se han publicado desde mi última revista, que no he tenido ocasión de leer, y en verdad que no sé cómo á ello se atreven, sobre todo los noveles autores, en esta época en que los críticos se muestran tan exigentes que no perdonan el más insignificante defecto á los jóvenes que, llenos de ardor y entusiasmo, entran en la senda literaria, sean novelistas ó escritores líricos ó dramáticos. Impulsados por el deseo de que sean sus obras conocidas, mandan sus libros á los críticos que, más ó menos autorizados, hacen sus juicios en los principales periódicos de la capital. ¡Cuántos sacrificios ha costado tal vez la impresión de ese tomo en el que el poeta ha trazado sus tristes ó gratas sensaciones! Y sin embargo, nada se tiene en cuenta, y se le trata despiadadamente y se mata de un solo golpe un porvenir literario.

Yo he visto las críticas que se han hecho sobre muchos libros de jóvenes poetas, entre ellas las diez ó doce dedicadas á los *Bocetos* del Sr. Aseri, y he observado al leer estas que solo tres, una de Sr. D. Patricio de la Escosura, otras de dos escritores imparciales, que no se han publicado por un exceso de modestia del director

de este periódico, eran justas. Sus amigos le han tratado con más dureza que si fueran enemigos encarnizados, lo mismo que el autor del prólogo del libro. Sé que no se escribe una obra perfecta en los primeros años de la juventud; pero esta es razón suficiente para tener indulgencia con cierta clase de escritores. No pudiendo imitar á los hombres de mi siglo, no siéndome posible decir que es malo lo que es tal vez pasable, no abrigo el deseo de ser un buen crítico, y me contento con anunciar las nuevas obras que se publican, dando sobre ellas mi pobre parecer cuando son buenas, callando mi opinión cuando no son admisibles, porque creo que ménos perjudica á los autores un prudente silencio que una fuerte censura.

I. JUANES DE ISLA.

VARIEDADES.

En el circo del Sr. Price siguen llamando la atención del público los ejercicios aéreos que con el nombre de los *meteoros ó vuelos eléctricos*, ejecutan el mallorquín y sus dos hijos.

También son dignos de mencion los juegos icarios de la familia Hogini, el peligroso trabajo de Mr. Paul, la gracia y ligereza de Mad. Zulma Treuter y la fuerza de los Belleza y los hermanos Pierantoni.

El Sr. Price, deseoso como siempre de complacer al público madrileño, ha contratado algunas nuevas notabilidades, entre las que figuran Mr. Ribbon y Mr. y madama Robinson.

A quien quiera divertirse—le aconsejamos que vaya—á los *bufos* de Arderfus,—donde ya se llevan dadas—muchas zarzuelas bonitas—llenas de encanto y de gracia.—En *Robinson*, *Pepe-Hillo*,—¿Come el duque?... *Cuento de Hadas*,—*La gran duquesa*, *El tributo*—de las cien doncellas, llaman—la atención muy justamente—actores y *suripantas*.—Van concurrentes notables—á los palcos y butacas,—hay buena temperatura,—cosa en este tiempo rara,—y las horas brevemente—viendo las funciones pasan.

Lo dijimos en verso el otro día, y lo repetimos en prosa.

Los Jardines del Retiro no nos prometen más que *papas*.

Hace poco se inauguraron con un lleno completo, poniéndose en escena la zarzuelita *Cuadros vivos* y otra en un acto que se estrenó aquella noche. No queremos hacer la crítica de ellas, porque el público las recibió como debía.

Así debe recibirse todo lo que no instruye, moraliza, ni deleita.

Y á propósito de los Jardines:

¿Alguno de ustedes intentó comer en el restaurant la noche del estreno?

¿No? Me alegro, porque se ahorraron ustedes de perder el tiempo.

¡No habia mozos, ni comida, ni nada!

Propongo que se le cambie el título de restaurant por otro... que me callo.

El agua de las fuentes
se ha puesto turbia,
y llevan cinco reales
por una cuba.
Aquí, está visto,
hasta el mismo Lozoya
quiere aburrirnos.

Hemos dicho en uno de nuestros números anteriores que la revista de instruccion, moralidad y recreo; que con el título de *La Familia*, vé la luz en esta corte, es indudablemente uno de los mejores periódicos que se publican. Entre los agradables trabajos del último número, deben citarse particularmente los artículos de los señores Castillo, Belece, Ramirez, etc., y una preciosa fotografía de la vendedora de flores, copia de un cuadro de Murillo.

También enviamos la más completa enhorabuena á nuestro particular amigo D. Eduardo Lopez Bago, por las notables mejoras que ha introducido en su aristocrática publicacion *La Flor de Lis*.

—¿Por qué habrán hecho tan pesada la campana mayor de la catedral de Toledo?

—Pues no deja de tener su explicacion. El que la fundió acababa de quedarse viudo, y acostumbrado como estaba á cargar con su mujer, todo le parecia ligero.

Desde que leyó la Biblia
el ascético don Blas,
quedó muy aficionado
á los ósculos de Paz.

EN EL PRADO.

—Aproxímate á mí, querida mía
y huye de ese farol de luz impia.

—¿Y si nos ve mamá?
—Por eso Astrea,
en la sombra no es fácil que nos vea.

—Señor don Crispulo, de usted depende mi felicidad.

—Explíquese usted, y diga que puede yo hacer en eso.

—Concederme la *mano* de su hija.

—Hombre, si se lleva usted también la *boca*...

Disputaban dos gallegos *por mor* de seis cuartos. Uno y otro se prodigaban los mayores improprios sin que se alterase su sangre fria; hasta que al fin uno de ellos exclamó en el colmo de su elocuencia.

—¡En fin... *endeviduo*!

—¡El *endeviduo* *seraslo* tú! contestó el otro furioso. Y ámbos vinieron á las manos, aporreándose ferocemente.

¿Estarían fuertes en gramática?

A última hora se ha recibido en nuestra redaccion la *Disertacion histórico-arqueológica de la antigua Miróbrica*, escrita por D. Antonio María Lopez y Ramajo.

En el próximo número nos ocuparemos extensamente de dicha obra.

FUGA DE CONSONANTES.

i.e. ue a u o.a.o.
e a.a o.o a. a.o.e.
e.e.i.a u.o. a.o.
a.a ue a.a. u. o.o.e.

CHARADA.

Para ver la verbena
de San Antonio,
á la corte de España
vino ~~en~~ mi todo
la romería
le pareció á mi hombre
muy divertida
Metiéndose en asuntos
que no interesan,
pagó bien pronto el *prima*
con mi *tercera*,
y él, viendo esto
el *tercia* con *segunda*
tomó hácia el pueblo.

(Las soluciones en el próximo número.)

SOLUCION Á LA FUGA DE CONSONANTES DEL NUMERO ANTERIOR.

Mi amor cual la siempreviva,
que es la flor del cementerio,
supo conservarse vivo
para guardar tu amor muerto.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

SALAMANCA.

POR QUIRÓS, IMPRESOR, ABADES, 10.